

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1951 - Número 47



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

EJEMPLAR NÚM. 484



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LA IMPRENTA PROVINCIAL — ESCUELA DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1951



Tomo XIV
Número 47

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1951

M A Y O - J U N I O

Núm. 47

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

S U M A R I O

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

José Arriaga Cantullera, Dr.— <i>Historia de la Regia Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla</i>	372
Juan B. de Ardales, O. F. M. Cap.— <i>Vindicación de la Primitiva Imagen de la Divina Pastora, venerada en la ciudad de Sevilla</i>	413
Vicente Romero Muñoz, Dr.— <i>Las Cortes y el Fuero de Sevilla</i>	441

MISCELANEA

Antonio de Cértima.— <i>Sevilla en Portugal</i>	463
Sopranis.— <i>Luis de Loureiro en la Baja Andalucía</i>	469
Pedro de San Ginés.— <i>El cuadro de la paz de Guad-Ras</i>	473

LIBROS: Varios	479
----------------------	-----

CRÍTICA DE ARTE: Antonio Sancho Corbacho.— <i>Pintura y Escultura</i>	487
--	-----

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>Septiembre-Octubre, 1945</i>	491
--	-----

ALTERNATIVE

ARTICLE OF ORIGINALS

EL CUADRO DE LA PAZ DE GUAD-RAS

El gran cuadro que adorna el testero frontal de la escalera de honor del Ayuntamiento de Sevilla es, además de una valiosa ilustración de la historia patria, el testimonio mejor de los entusiasmos sevillanos por las empresas de Africa. Como es sabido, sobre la hermosa y españolísima ciudad del Sur quedó suspendido, cuando la Reconquista por San Fernando, el regio designio de actuar en la Mauritania e incorporarla al destino común como una necesidad estratégica impuesta por las razones obvias que justifican hoy el Protectorado. De no enfermar el Santo Rey, acaso se hubiese completado por aquel entonces el afán certero; pues para lograrlo se creó la escuadra de Castilla, y en Sevilla se le puso a prueba bajo el mando del famoso *hombre de Burgos*, Ramón Bonifaz. No quiso Dios entonces, pero Sevilla mantuvo el anhelo indeclinable por lo que todo emprendimiento sobre Africa estaba siempre en su espíritu con resonancia de viejos impulsos.

Esto explica que en los días del pasado siglo —uno se cumplirá en la inmediata decena de años— estuviese tan preocupada la opinión de Sevilla con los asuntos de la guerra de Africa. Su Ayuntamiento, fiel intérprete del sentimiento público, actuó con general beneplácito y se aprestó a cumplir el deber magno que consideraba como histórica atribución peculiar. Recabó para sí misiones diversas en relación con el conflicto, tales como establecer depósito de prisioneros, crear hospitales para heridos y enfermos de guerra, aportar auxilios económicos, proveer de acémilas al Ejército en campaña... Todo le parecía poco, y su dedicación generosa llegó incluso a adoptar a los hijos de los soldados casados del batallón de Sevilla naturales de la ciudad. También lo dotó de banda de música, pues siempre fué privativo de la llamada *Ciudad de la Gracia*—gracia del encanto, *angel*— embellecer todas las cosas.

Sevilla reiteraba sus generosidades al comienzo del memorable año de 1860: veinticinco dotes de dos mil reales para otras tantas hijas de oficiales del Ejército y la Armada que quedasen huérfanas por muerte de sus padres en Africa; albergue, en casas particulares, de soldados convalecientes... En estos nobles menesteres estaba el pueblo sevillano, orgulloso de ejercerlos, cuando llegaron las noticias de las hazañas de

Castillejos y Tetuán. El entusiasmo llegó al grado máximo y el Ayuntamiento lo recogió y transformó en emprendimientos útiles: una suscripción para costear buques de guerra, fundar una casa de inválidos de Africa en la ciudad, levantar un monumento construido con el bronce de los cañones tomados al enemigo, erigir en el cementerio un mausoleo para recoger los restos de los sevillanos muertos por la Patria en tierras mogrebina al que, por cierto, quedó unida para siempre la ceremonia tradicional de llevarles el Ayuntamiento, en Corporación, coronas de flores fragantes, cada año, el día de los fieles difuntos. Bueno es hacer constar que ahora se le llevan también a los muertos por Dios y por la Patria en la guerra española anticomunista, que fué el anticipado alerta al mundo. No hay que decir que el nomenclátor urbano recibió la influencia de los entusiasmos sevillanos: la vieja calle de Colcheros vino a llamarse de Tetuán, y la de la Muela se decoró con el plecaro nombre de O'Donnell. El cambio dió ocasión a una cívica procesión solemnísimas.

Poco después de la guerra, el celosísimo Ayuntamiento hispalense, resolvió dejar constancia del triunfo de las armas españolas en un gran cuadro de historia que librarse al futuro el glorioso recuerdo. Este cuadro fué encargado al maestro pintor don Joaquín Domínguez Bécquer, tío de los hermanos Gustavo Adolfo y Valeriano, que respectivamente ilustraron la poesía y la pintura del período romántico español con las peregrinas obras que le dieron fama póstuma, como cumple a los verdaderos artistas que entregan su tiempo al arte sin mengua alguna destinada a la forja de una inmediata reputación artificiosa.

En el panorama pictórico de la Sevilla del pasado siglo tiene Joaquín Domínguez Bécquer una acusada personalidad tanto por sus condiciones artísticas como por las humanas. Su discípulo Virgilio Mattioni nos dejó en el libro intitulado "*Quien no vió a Sevilla*"... su mejor perfil moral y físico en estas frases: «Fué un artista en toda la extensión del verbo, y, como hombre, un cumplido caballero. El *Quijote* de los pintores se le puede llamar por su carácter y figura. Alto, seco y taciturno, era muy semejante al héroe manchego de Cervantes. Su labor fué copiosa y correcta». Por ser cumplido caballero y artista ejemplar, era contertulio de los duques de Montpensier cuyo palacio de San Telmo constituía el punto de reunión de la Sevilla culta y de los extranjeros que venían a España atraídos por la sugestión alucinante de Andalucía. Don Joaquín era en esta que fué llamada *la pequeña corte de Sevilla* figura muy apersonada y principal a la que, por otra parte, le habían confiado los duques la educación artística de sus hijos.

El importante encargo del gran cuadro conmemorativo de la paz con los marroquíes fué hecho al artista inmediatamente después de festejarse en Sevilla el acontecimiento, nada menos que con la entrega a la ciudad de las llaves de la Puerta de Okla — hoy de la Reina — de

Tetuán, ceremonia que no nos resistimos a reseñar pues ha de darnos el ambiente en que Bécquer intuiría su importante cuadro histórico, bien que, como artista de conciencia, fuese también a hacer apuntes y estudios en el propio lugar del hecho histórico: Guad-Ras o última batalla —23 de marzo— que pudo ahorrarse, pues todo debió quedar resuelto con la entrada en Tetuán y la firma de las condiciones de paz dos días después.

Las llaves de la Puerta de Okla fueron donadas y enviadas al Ayuntamiento de Sevilla por el general don Diego de los Ríos, comandante de los Ejércitos de ocupación. No aparece claro en la historia del Municipio hispalense el motivo que impidió al general acudir personalmente a hacer la entrega del presente africano en la solemne sesión del día 8 de mayo de 1860. Reunidos estaban en la monumental sala de Cabildos del Ayuntamiento con el alcalde don Matías Ramos Calonge, el arzobispo don Manuel Tarancón y Moreno, el gobernador don Mario de la Escosura y cuanto de notable y representativo había en la ciudad. Pero si no pudo acudir el general Ríos —por razones que no constan— vino a Sevilla en su nombre, y se ganó todos los homenajes previstos, como un jovial personaje de episodio galdosiano, el comandante de Estado Mayor don José Nicolau, que se instaló como huésped de la ciudad en la Fonda de Madrid, establecida en lo que fuera palacio de los condes de Gelves y lo mejor que en clase de hospedajes tenía por aquel entonces la Ciudad de la Gracia.

A esta histórica fonda —todavía no se había impuesto en el habla castellana el vocablo *hotel*, gabacho desde que nació— fueron en busca del comandante Nicolau, enviados por el Ayuntamiento reunido ya en sesión extraordinaria y solemnísimamente, algunos señores ediles y otros representantes de las inevitables *fuerzas vivas*. Nicolau recorrió, unido a la comisión, la engalanada calle del Naranjo —hoy Méndez Núñez— y luego la Plaza de San Fernando, para entrar en el Ayuntamiento por la puerta de los arcos, en tanto repicaban las campanas de la Giralda y la bandera nacional ondeaba al viento perfumado de mayo en lo alto de la Casa Capitular donde todo era gala fastuosa.

El afortunado Nicolau —no creemos que haya mayor fortuna en la vida que ser huésped de honor en Sevilla— lo fué también por su simpática actuación. Sus palabras, cuando le dejaron hablar, fueron las precisas, en buen estilo militar: «Os entrego, señor Alcalde, en testimonio de la distinción que mi general don Diego de los Ríos profesa a Sevilla, este pliego y esta caja. El pliego contiene el relato de la batalla que nos dió a Tetuán; la caja guarda las llaves de la Puerta de Okla».

El señor alcalde mandó que se leyese el documento, como se hizo entre la emoción patriótica más intensa, y luego dijo al comandante Nicolau que diese las más rendidas gracias en nombre de Sevilla al general ilustre que había tenido semejante deferencia, y al caudillo don Leopoldo O'Donnell, por haberle autorizado para hacer el valioso donativo.

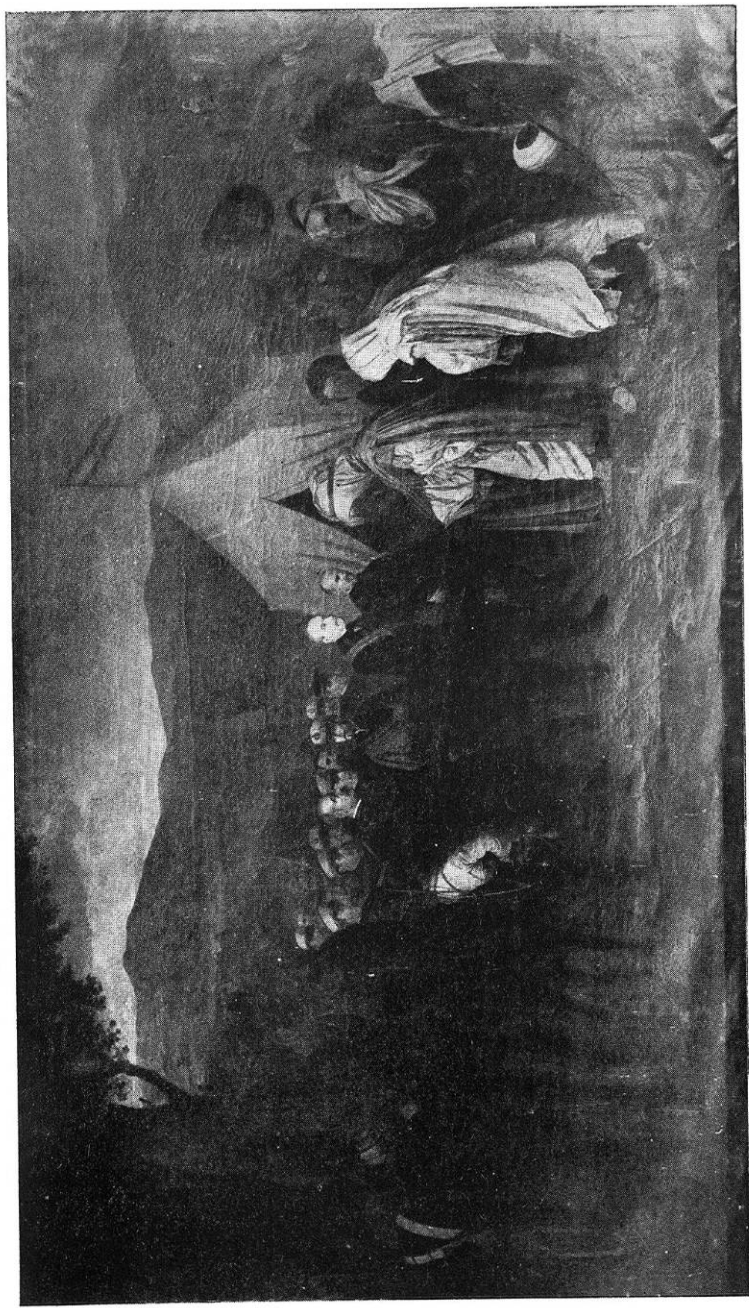
En cuanto a la caja, preciosa obra artesana marroquí, fué muy alabada por todos.

Nicolau no tuvo punto de reposo en clase de ilustre huésped. Aquella noche se le veía medio rendido de cansancio en el palco de la Alcaldía del Teatro San Fernando; y, por si fuera poco, le obsequiaron en la fonda con una serie de serenatas en las que tomaron parte todos los barrios. Y no le dejaron hasta que después de una despedida apoteósica en la que participó toda Sevilla, se vió desaparecer en la curva de la Enramadilla, el tren que desde la estación de San Bernardo le devolvía al puerto de Algeciras para pasar luego a Ceuta.

Diez años transcurrieron desde que el Cabildo Municipal hispalense le encargó el cuadro hasta que Bécquer lo entregó. Tiempo que invirtió éste, primero en decidirse a realizar la obra, documentarse a fondo y luego trabajarla a conciencia después de bien madurado el estudio de la composición. El gran lienzo sobre el cual está pintada la escena memorable de la entrevista —23 de marzo de 1680— del general O'Donnell con el príncipe Muley-el-Abas para establecer la paz llamada de Guad-Ras, mide tres metros diecisiete centímetros de alto por cinco metros ochenta y siete centímetros de ancho.

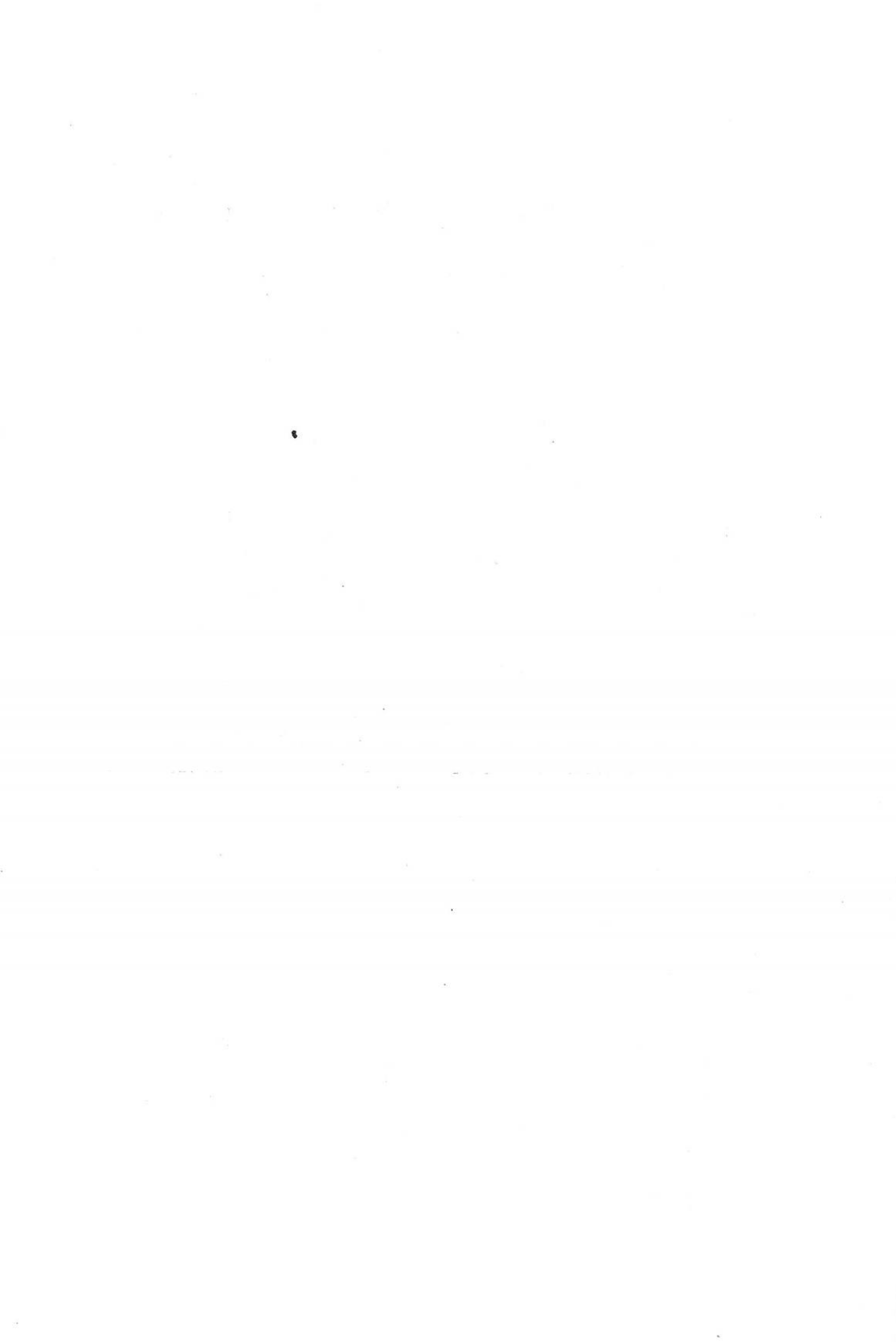
Un aire del maravilloso cuadro de Velázquez intitulado *La rendición de Breda*, tonifica el ambiente en que el episodio se desarrolla. Don Leopoldo O'Donnell, lo mismo que el marqués de Spínola, tiende la mano con nobilísimo gesto de vencedor generoso —al modo español— que refiriéndose a las condiciones de paz impuestas al adversario decía en su informe al Gobierno: «La insistencia con que pedía la paz—Muley-el-Abas—su elevada condición de Califa y la dignidad con que soporta su desgraciada suerte me movieron a rebajar a cuatrocientos millones la indemnización. No me pareció generoso para mi Patria humillar más a un enemigo que se reconoce vencido y dista mucho de ser despreciable». Además, resonarían en sus oídos las palabras que días antes, al rendirse Tetuán, pronunciara Hach-Bu-Amet, el emisario de los hombres de paz tetuanés: «Sabemos que los cristianos no queman ni roban, ni matan al moro desarmado, ni hacen llorar a las mujeres...»

Por otra parte, la necesidad de hacer croquis o apuntes directos en el lugar del acontecimiento —junto al Puente de Buceja, camino del Fondak, donde se había establecido la línea divisoria— y obtener también estudios de las personas cuyos retratos debían figurar en la escena, le llevaron a Bécquer muchísimo tiempo. En el séquito de don Leopoldo O'Donnell aparecen los generales don Rafael Echagüe, don Juan Zabala, don Antonio Ros de Olano, don Juan Prím, don Enrique O'Donnell, don José Turón y Prat, don Genaro Quesada, don Félix Alcalá Galiano, don Carlos Latorre, don José Orozco y Zúñiga, don José Ramón Makenzia, don Manuel Gasset y don Fernando Bustillos. Son todas figuras de ta-



LA PAZ DE GUADARRAS. - LIENZO DE JOAQUÍN DOMÍNGUEZ BÉCQUER. - Colección del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla

Foto. Laboratorio de Arte. Universidad de Sevilla



maño natural. Claro está que no falta en la composición el retrato del general don Diego de los Ríos, el que tuvo la gentileza de enviarle a Sevilla las llaves de la puerta tetuaní de Okla. Llaves que el Ayuntamiento hispalense conserva en su valiosa colección de trofeos históricos.

El cuadro revela la extremada técnica del autor y, especialmente, la corrección del dibujo. Sobre todo, preciso es reconocer que proclama el talento pictórico de don Joaquín Domínguez Bécquer para vencer en un tema que estaba fuera de sus gustos de apacible pintor costumbrista y de paisajes y retratos.

PEDRO DE SAN GINES